

SECCION III.

*Aplicacion de los tres instintos á la práctica de la oracion de intercesion.*

Pero apliquemos nuestros tres instintos de la vida devota á la práctica de la oracion de intercesion. Si de veras amamos á nuestro Padre celestial, nos sentiremos suavemente impulsados á suspirar por su gloria y por la salvacion de las almas. Acaso no podamos predicar, ni escribir libros, ni viajar de misioneros á lejanas tierras, ni siquiera proporcionar recursos para enviar á otros. Bien poco, en efecto, podemos hacer por la gloria de Dios y conversion de las almas con nuestra propia persona; pero la intercesion todo lo suple, y lo alcanza todo. A la intercesion no la pone límites el tiempo ni lugar; la ignorancia no puede servirla de estorbo, la supersticion no la impone silencio, ni el pecado se sustrae á su influencia. La intercesion ejerce su imperio donde quiera que llegue la gracia, y la accion de ésta alcanza doquiera se extiende la divina omnipotencia, ménos á aquel único lugar abandonado por la esperanza. No porque allí no sea Dios igualmente glorificado; pero la gloria que se le tributa en esa mansion de dolor sempiterno, es una gloria que adoramos en silencio y con espanto pánico del corazon. Esta gloria de Dios no es la que

nosotros, cooperadores suyos, estamos llamados á promover. Oimos que en algun país pelagra la gloria divina. Quizá el poder civil de alguna nacion esté en desavenencia con la Santa Sede, cosa ciertamente tan perjudicial, que no se concibe nada más adverso á la gloria de Dios, injuriosísimo á los intereses de Jesus y fatal á la causa de las almas. Leemos con lágrimas en los ojos, y el corazon destrozado de dolor, el deplorable abandono espiritual en que se encuentran los esclavos é indígenas de ciertas comarcas; ó llegan á nuestros oidos rumores siniestros sobre el fanatismo salvaje con que la China y el Japon cierran sus puertas al misionero católico. Cuéntansenos las persecuciones y vejaciones injustas que sufre el clero en los países dominados por la herejía, el desenfreno escandaloso de ciertas ciudades católicas, los planes astutos de una diplomacia impía, la depresion de las órdenes religiosas, la ociosidad y extravagancia de algunos obispos, la indolencia y vida aseglarada de ciertos párrocos, la prevencion contra las misiones y ejercicios espirituales, las disputas nada edificantes, y esas contiendas soberanamente ridículas entre los partidos políticos: es inconcebible lo comprometida que se ve la gloria de Dios con cada una de estas cosas. Acaso seamos nosotros los más ruines y oscuros entre los hijos de la Iglesia; pero como quiera que sea, ayudados de la oracion de intercesion, podemos acabar con todos estos males, arrancándolos de raíz

de la haz de la tierra. Sin distraernos una sola hora de nuestro empleo y profesion, y auxiliados únicamente de nuestras acciones ordinarias, trabajaremos en tan nobilísima obra sin interrupcion ni descanso, haciendo más que cuanto han hecho todos los embajadores y legados que ha habido hasta aquí. No llegaremos nunca á saberlo hasta que en el dia del juicio una luz espléndida, una vision celestial, toda hermosa y agraciada, nos descubra no sólo el riquísimo tesoro de gloria que ganamos para Dios sin coste, ni fatiga, ni trabajo, y casi sin advertirlo, sino tambien la recompensa infinita y eterna que por ello en galardón nos espera.

Igualmente por la intercesion promovemos los sagrados intereses de Jesus. Enternece el corazon considerar la dignacion de nuestro Señor amoroso, dejando, digámoslo así, incompleta su obra, para que nuestro amor hacia Él tuviese la satisfaccion y placer de acabarla. No sin razon decía San Pablo que se gozaba en sus trabajos por los Colosenses, porque así *completaba en su carne las cosas que faltan en los padecimientos de Cristo en pro del cuerpo místico, que es su Iglesia*. Es ciertamente un maravilloso artificio del amor del Salvador que, para recoger el fruto de su cruz y pasion, haya querido depender de nosotros; y preciso es tener un corazon de piedra, si no nos mueve semejante fineza de caridad. Fijaos en cualquiera tentacion que os moleste. ¡Con qué enojosa insisten-

cia os está espiando! ¡qué obstinacion la suya en acosaros! ¡con qué exquisita vigilancia os acecha! ¡con qué pertinacia está siempre alerta y presente siempre en toda buena obra, devocion, mortificacion y oracion! ¡Cuán fatigados no quedais de resistirla! ¡cuántas veces teneis la desgracia de consentir en ella, y cuántas más todavía estais inquietos y disgustados por no saber si habeis ó no consentido! Pero cada momento de resistencia es un acto sobrenatural, una victoria de la gracia, un interes de Jesus. Un triunfo es asimismo de la gracia todo suspiro de dolor por cualquiera caída, toda jaculatoria enviada al cielo cual saeta acerada, y toda invocacion de los dulcísimos nombres de Jesus y María en el peligro y riesgo inminente de la culpa. ¡Cuántos millares de personas no habrá en todo el mundo luchando contra la misma tentacion, y en circunstancias quizá ménos favorables que las vuestras! Ved, pues, qué ricos tesoros podeis procurar á Jesus bajo este único respecto ayudados de la oracion de intercesion; y he elegido de propósito un objeto de tan escasa importancia en comparacion de aquellos otros que Él tanto aprecia. Haced esto siquiera; interceded por aquellos que son tentados con la misma tentacion que vosotros. La intercesion puede cerrar casinos, concluir con las tabernas, ridiculizar la carrera de caballos, hacer que llueva en Carnaval, echar á pique las casas de juego y arruinar las moradas de prostitucion. Y estando en

nuestra mano prestar un servicio tan inmenso á Jesus casi sin ninguna molestia de nuestra parte, ¿podrémos persuadirnos que le amamos, rehusándole semejante servicio? Concíbese muy bien que las carnes se estremezcan á la vista de las disciplinas; que se crispen los nervios al contacto del cilicio, y se rebelen contra la cama dura los miembros fatigados y sensibles; todo esto se comprende fácilmente, y compádecese en verdad con el amor de Jesus; no es más que la antigua historia de la soñolencia de Pedro, *el espíritu, cierto, está pronto, mas la carne es flaca*; pero amar á Jesus y no practicar la oracion de intercesion, es una cosa inconcebible. No se explica en efecto, cómo siendo la oracion lo que es, puedan sin embargo abandonarla aquellos que creen en su eficacia, estando dispuestos á hacer cualquiera cosa ménos orar. Hé aquí un misterio incomprensible, un misterio más grande todavía que el misterio mismo de la oracion de intercesion.

Y si nosotros tenemos tambien un verdadero aprecio por la salvacion de las almas, ¿será posible que descuidemos la intercesion? Hé aquí otro rico minero que puede explotar la oracion de intercesion, extrayendo de él con facilidad asombrosa tesoros abundantes de bendicion. Raros son los predicadores santos, y sin uncion, ¿qué mérito tienen los sermones? Si, como asegura San Pablo, debe el mundo someterse á Cristo por la locura de la predicacion, ¿cómo conseguirlo,

no impetrando vigor y energía para el orador sagrado, igualmente que uncion para sus palabras, á fin de mover el corazon de sus oyentes? La elocuencia, verdadera plaga al hablar de Jesus y María, no es ninguna gracia ni bendicion del cielo. Su fruto no es otro que las alabanzas del predicador, y la pérdida del tiempo por parte de los tontos que le están escuchando con la boca abierta: la bendicion y gracia divina son el todo. Fácil cosa es, á no dudarle, adquirir fama de predicador; pero predicar á Jesus, y éste crucificado, ya es otra cosa. ¿No recordais la historia de aquel famoso predicador, creo jesuita, cuyos sermones convertían almas á millares? Pues bien; le fué revelado en cierta ocasion que ninguna de sus conversiones era debida á sus talentos ni elocuencia, sino únicamente á las oraciones de un rudo hermano suyo lego, quien, sentado en las escaleros del púlpito mientras él predicaba, estaba rezando Ave-Marías por el buen éxito del sermón. Cuéntase tambien otro caso verdaderamente extraño: no salgo garante de su exactitud, y sólo le cito porque encierra una sabia enseñanza. Cierta religioso, predicador muy popular, era esperado un dia en un convento de su Orden, donde no se le conocía personalmente. Pasado el medio dia llegó el religioso, ó más bien el espíritu maligno, quien se fingió el huésped que aguardaban con el perverso fin de causar daños irreparables. Sucedió, pues, que uno de los Padres tenía que predicar

en aquel mismo día un sermón sobre el infierno; pero hallábase á la sazón enfermo, y no le era posible hacerlo. Entónces los religiosos suplicaron al diablo que sirviese predicar acerca del mismo asunto. Accedió gustoso á la demanda, y como puede suponerse, atendida su experiencia, fué un sermón modelo de elocuencia. A la llegada del verdadero predicador se vió descubierto el espíritu maligno; y obligósele, por medio de la señal de la cruz, á revelar sus perversos designios. Entre las varias preguntas que le hicieron, una de ellas fué ¿cómo era que no se oponía á sus intereses predicar sobre el infierno un sermón tan terrible, que había de obligar al auditorio á abstenerse de la culpa? «De ningún modo, replicó el diablo; no había en él unción alguna, y así no era ciertamente posible que llegase á perjudicarme.»

La predicación no es más que uno de los medios de que puede valerse la intercesión para llevar almas al cielo: yo simplemente le propongo como un ejemplo. Cuando venga Jesús á juzgar al mundo—¿quién sabe?—acaso descubramos entónces entre los porteros y legos de muchos conventos á no pocos Franciscos Javier, Padres Claver, Carlos Borromeos para la reforma del clero; un Santo Tomás para escribir obras, y un San Vicente de Paul para trabajar por los intereses de Jesús en las aldeas y entre los sencillos campesinos.

Uno de los caracteres más sobrenaturales y divi-

nos de la religión católica es la comunión de los Santos, en virtud de la cual todo es de todos, y ninguno tiene propiedad espiritual exclusivamente suya. Los méritos y satisfacciones de nuestro Redentor, los gozos y dolores de María, la paciencia de los mártires, la perseverancia de los confesores y la pureza de las vírgenes, todo es de todos y de cada uno de nosotros. Así como la sangre circula por todo el cuerpo humano, así igualmente sucede en la Iglesia de Dios: no hay en ella división ni separación alguna. Cielo, purgatorio y tierra no forman más que un solo cuerpo. Cambiamos nuestros méritos, y circulamos nuestras oraciones, y cruzamos nuestros gozos, y trocamos nuestras tribulaciones, y nos servimos de las satisfacciones de los demás como si estuviesen en nuestras propias manos. Con el cielo mantenemos toda suerte de relaciones, y conocemos perfectamente la manera de servirnos de ellas; acerca del purgatorio poseemos una ciencia no escasa, y no pocos métodos prácticos que nos son enteramente familiares; y por lo que hace á la tierra, parientes y amigos, nacionales y extranjeros, judíos, griegos, escitas, libres y esclavos, todos somos unos. Hé aquí lo que causa un verdadero asombro á los herejes, é inspira en su ánimo un odio encarnizado contra los católicos. Hablamos del otro mundo, como podríamos hacerlo de una ciudad que nos fuese muy conocida por una larga residencia; como hablaríamos, por ejemplo, de Madrid, Londres,

París, Bruselas ó Berlin. La muerte no interrumpe ni corta nuestras relaciones; la vista no nos es necesaria, caminamos por él con la calma más apacible. Ni tampoco vivimos separados de los difuntos. Conocemos á los Santos mucho mejor que si los hubiésemos tratado familiarmente acá en la tierra. Conversamos con los ángeles en sus diferentes coros como si fuesen, y efectivamente lo son, nuestros hermanos en Jesucristo. Servímonos de los rosarios, medallas, crucifijos, agua bendita, indulgencias, sacramentos y sacrificios, con la misma naturalidad que manejamos la pluma, tintero y papel, ó el azadon, bieldo y rastro para nuestras labores del campo. No abrigamos el más leve recelo acerca del asunto, todos somos una misma familia, y esto basta. El Señor Dios es nuestro Padre; su Majestad soberana nuestro negocio; nuestro Hermano mayor nos ha criado, y viste nuestra propia naturaleza; María es nuestra Madre; los Angeles y Santos, los más cariñosos y familiares de nuestros hermanos. Así es que subimos y bajamos, entramos y salimos como por nuestra casa: ningun obstáculo hay que nos lo estorbe. El aire que allí se respira es un puro é intenso amor filial del Padre á quien todos adoramos; por manera que nuestra reverencia es una reverencia filial, y nuestro amor un amor filial tambien.

¿Cómo pueden comprender esto quienes viven fuera de esta gran familia? ¿No debe necesariamente

parecerles un sistema de misterios humanos, un verdadero laberinto? Son *extraños y advenedizos*, ¿cómo, pues, han de adivinar los deseos, afectos y simpatías de los *conciudadanos de los Santos y domésticos de Dios*? Podrán leer las palabras de la Escritura; pero no percibirán ciertamente la fuerza y energía, la salud y el amor, el calor y la vida que en si encierran. Cuando leen á San Pablo, un tupido velo cubre sus corazones más bien que su inteligencia; porque aquellos que deseen comprender la maravillosa estructura del cuerpo de Cristo, deben primeramente *entrar en la unidad de fe*; y tan necesaria es esta fe, que es nada ménos que la *verdad que debemos seguir en caridad para que en todo vayamos creciendo en Cristo, que es nuestra Cabeza, de quien todo el cuerpo místico, trabado y conexo entre sí, recibe por todos los vasos y conductos de comunicacion, segun la medida correspondiente á cada miembro, el aumento propio del cuerpo para su perfeccion, mediante la caridad* (1). Así es que la oracion de intercesion practicada como sistema, y continuada por una especie de instinto, ha sido siempre considerada, en cierta manera, como nota de la verdadera Iglesia, y constantemente tenida por los adversarios de esta divina sociedad como un proselitismo farisáico. *Nuestra Señora de las Victorias* de París es ciertamente un fenómeno

(1) Ephes., cap. IV.

que la historia de la herejía y del cisma no ha presentado hasta ahora otro igual. Nuestra misma Confraternidad también es un ejemplo no ménos significativo de semejante prodigio. Quienes no poseen á Jesucristo es absolutamente imposible que lleguen á formarse una idea cabal de las funciones de la Iglesia. Allí donde no hay sacrificio, difícilmente habrá mucha oracion. Y hé aquí otro motivo más que debe excitarnos á ser diligentes y fervorosos en el ejercicio de este privilegio incomparable del amor.

Del P. Pedro Fabre cuenta Orlandini que abrazaba en el seno de su caridad á todo el género humano sin excepcion, teniendo constantemente sus manos llenas de negocios de todo el mundo para despacharlos con Dios nuestro Señor. Cuanto más viciosa y criminal era una persona, tanto más encendida y abrasada era la piedad y compasion que la profesaba; y á fin de que fuesen más eficaces sus oraciones en favor de dicho sujeto, enriquecías y las engrandecía con reflexiones las más profundas. Siempre que rogaba por alguno, representábasele delante de sí como redimido con la preciosa Sangre de Cristo, como heredero y coheredero de Cristo; y realzando la alteza y sublime dignidad de semejante persona, avivaba su celo ardiente, ofreciendo á Dios al propio tiempo con gran fervor de su alma los méritos de Jesucristo y sus Santos. Por medio de este simple ejercicio llegó al fin á formarse un elevado concepto (*opinionem magnifi-*

*cam*) de todo el mundo. Refiere Santa Catalina que el Señor la dijo en cierta ocasion las siguientes palabras: «Debes, hija mia, rogar con el mayor fervor de tu alma por todas las criaturas racionales, por el cuerpo místico de la santa madre Iglesia, y por aquellos que te he encomendado amases con singular predileccion.»—Fué asimismo revelado á Santa Gertrúdis lo que á continuacion vamos á copiar:—«Cuantas veces rezas, siquiera sea un Padrenuestro y Ave-María, una colecta, un salmo, etc., á favor y en nombre de la Iglesia universal, el Hijo de Dios lo acepta al punto con la más profunda gratitud, como fruto de su sagrada Humanidad, y dando por ello gracias al Eterno Padre, lo bendice, y multiplicado con esta bendicion, distribúyelo entre la Iglesia universal para espiritual aprovechamiento suyo y salvacion eterna.»

Pero veamos ahora por quiénes deben ofrecerse especialmente estas intercesiones. Los escritores espirituales nos proponen diferentes recomendaciones; pero en esta materia, como en no pocas de las en que vengo ocupándome, seguiré al jesuita Lancisio (1).

---

(1) II, 29.